

PALABRAS DE AGRADECIMIENTO POR EL NOMBRAMIENTO DE ACADÉMICO DE HONOR, EN LA ACADEMIA JACOBEA

Sr. Presidente, Sres. Académicos,

Respetados y queridos amigos,

Permítanme unas palabras de agradecimiento por el honor que me hacen, al incorporarme a esta Academia, que tanto por su tema como por sus miembros, despierta en mí un gran respeto, y una gran ilusión. Gratitud muy especial me merece el Dr. Agustin Dosil, que tanto ha hecho por el cumplimiento de este acto.

Las Academias cumplen en nuestro mundo el importante papel: el de mantener viva la atención hacia unos temas y problemas que, aún lejos de las urgencias vitales, orientan y dirigen la vida cotidiana dándole trascendencia y autenticidad.

Esta Academia mantiene vivo el recuerdo y el magisterio de una figura singular del universo espiritual de Occidente, el Apóstol Santiago Zebedeo, primer apóstol mártir, que durante siglos ha atraído a un sinnúmero de devotos y fieles peregrinos a través del Camino de Santiago, una realidad histórica de importancia no solo hispana sino universal.

La figura de Santiago tiene un lugar de honor en el imaginario español. Tenemos de él la historia de dos posibles venidas, una en vida y la otra como difunto. La primera, para predicar la nueva Cristiana a las tribus de la Hispania romana, con una historia maravillosa de aparición de la Virgen María en la ribera zaragozana del Ebro, y su regalo de un pilar fundante de la nueva iglesia, y una segunda visita, ya cadáver tras su martirio en Jerusalén, en busca de sepultura, que terminaría en Galicia, en el bosque de Libredón, con señales en las estrellas – el *Campus Stellae*, o Compostela –, y su hallazgo y exaltación, por Alfonso II el Casto, que terminaría siendo, desde el siglo IX, una meta de peregrinaciones en el *Finibus terrae*, o Finisterre, solo comparable con Roma o Jerusalén.

Como esta Academia sabe bien, para las gentes provenientes de la Hispania romana, la vida encontró figura y sentido gracias a la integración en el Imperio de Roma, la asunción de aquella cultura, y la instalación dentro del gran mundo histórico que iba a formar la compleja y varia realidad de Europa. Pero como todos sabemos, nuestro europeísmo se vio enfrentado a una posible alternativa, una reconversión al mundo islámico, radicalmente otro del mundo Cristiano, con el surgimiento una tensión ideológica y espiritual de la que vino a derivar nuestra historia posterior.

Cuando, en los siglos siguientes, nuestra nación logró crear un imperio universal, extendido por los cinco continentes, y luego lo perdió, tras una larga decadencia, surgió la pregunta que Ortega y Gasset y muchos otros intelectuales no pudieron esquivar: la pregunta por el

ser de España. Las naciones, como las personas, son realidades históricas. ¿Realmente somos una nación europea? ¿Somos Europa, o son ya los Pirineos un comienzo de Africanidad?

Un principio de respuesta a pregunta tan esencial podría tener su raíz precisamente en Compostela.

Hace ya algunos años escribió mi maestro Julián Marías algunas palabras a tener en cuenta: “Al considerar la historia española desde el siglo VIII palpamos la posibilidad --... la casi necesidad—de que España hubiese sido un país musulmán... España *fue* islámica y oriental en su mayor parte y durante mucho tiempo... (y sin embargo) la Reconquista aparece... como una *rectificación*, ... que afirma un Proyecto distinto, en principio inverosímil... que terminará por triunfar ... España ... va a consistir ... en afirmarse como *lo otro*, es decir, en *no ser musulmana*... sino Cristiana, entroncada con toda la tradición visigoda y romana” (Marías, 122).

En esta misma línea, son importantes las reflexiones, en la obra de Américo Castro, acerca de España y la figura de Santiago como liberador de los cristianos frente al Islam. Y aun llega a decir: “en el siglo IX no solo era urgente creer en la predicación de Santiago vivo, sino también en la presencia de su Sagrado cuerpo”. (Id., 346), un arma que oponer al poder del Califato cordobés. El éxito final de la Reconquista resultó ser la ‘confirmación’ del valor de esa creencia.

Los testimonios medievales lo han puesto en claro reiteradamente. Santiago aparecería milagrosamente en la supuesta batalla de Clavijo (844), con “grand espada reluzient”, asegurando la victoria de Ramiro I, poniendo fin al tributo de cien doncellas al Córdoba, e inaugurando el Voto de Santiago. La ayuda se repetiría, ahora a Fernán González, como cuenta Gonzalo de Berceo, en su *Vida de S. Millán*, v. 447-8) y el propio *Poema de Fernán González*, obra posiblemente del siglo XIII. Se iría consolidando ese patronazgo del Apóstol sobre la España europea, y Cristiana. Recordemos que en el *Quijote*, el caballero explica a su Escudero que “este gran caballero de la cruz bermeja háselo dado Dios a España por patrón y amparo suyo... y así le invocan y llaman como a defensor suyo en todas las batallas que acometen” (II, 58); en 1643 renovó aquel vínculo Felipe IV (1643) y todavía hoy se mantiene simbólicamente como un eco vivo de nuestro pasado de siglos. Es una visión que se refleja igualmente en unas palabras del historiador cordobés, del siglo XI Ibn Hayyan, quien llega a decir que para los cristianos “es Santiago tan venerable como para los musulmanes lo es la Kaaba en la Meca” (en, Castro, 1962, 340).

Con Santiago y su presencia Compostelana nos hallamos ante uno de esos mitos nacionales que reúnen y dan fuerza a unos elementos esenciales en la identificación de un pueblo.

Santiago, en suma es uno de esos contados personajes o eventos que contribuyen a la pervivencia del imaginario de nuestro Proyecto histórico colectivo.

Pero el sepulcro compostelano tiene también vinculaciones esenciales con la realidad europea. La clave va a ser el Camino de Santiago. Una vía, que es a la vez una corriente espiritual, que lleva, hacia el *Finibus terrae*, a rendir culto a un verdadero apóstol, sin los oropeles y las connotaciones políticas de un Vaticano romano, ni el peligro de una Jerusalén mahometana. Compostela va a ser un lugar donde, como decía el Códice Calixtino ya en el siglo XII, se oyen todas las lenguas, y se reúnen todas las culturas.

Santiago, pues, ha sido una clave en la historia Española, que ha estado ligada a una cultura amplísima en que se reúnen los valores cristianos, europeos, y occidentales. Y la expansión cultural del mundo hispano ha ido reiteradamente recordando su vinculación con el apóstol de Compostela. Recuérdese, que hay 148 ciudades que hoy se llaman Santiago en el mundo entero. Y que en 2019 se mencionan en Internet 348.000 peregrinos con su recorrido cumplido, casi 30.000 mensuales, o sea, 1000 diarios.

Al poner el pie en esta Academia Xacobeá, resulta inevitable pensar en su significación a la altura de nuestro tiempo, partiendo además del hecho del camino. El griego Heráclito, ya sentenció: “El camino hacia arriba y el camino hacia abajo, son uno y el mismo”. El Camino de Santiago como todo camino es Camino de ida, para venerar al Apóstol, pero es también Camino de Vuelta, que ha de trasladar los valores del espíritu y fraternidad al mundo del que el peregrino ha salido. La visita al Apóstol es un grito de llamada a Santiago pidiendo ayuda para los problemas de nuestra vida y nuestro tiempo.

Pienso que esta Academia tiene entre sus otros fines que ayudar a pensar cuáles podrían ser las respuestas que, con fidelidad a la mente del Apóstol, cabría dar a los problemas de nuestro mundo. Contribuyendo a devolver al mundo cotidiano los valores de paz, de justicia, de valor de la persona, y del sentido trascendente de la existencia.

En esta hora de incorporación a la Academia creo obligado asumir tales compromisos, y ofrecer mi colaboración a los miembros de la misma.